

—Me dijiste ayer que vendrías a verme. ¿Por qué faltaste?

Y la respuesta:

—Porque falté.

Como en el ejército chino la altura de clavícula es un dato esencial, y el soldado "está completo sin la cabeza", un hombre que había servido en las filas no podía convencerse de que su talla fuera otra que la medida de los hombros abajo. Un labriego que vivía a 45 "li" de la ciudad, pretendía habitar a una distancia no menor de 90 "li", porque para él todo viaje tenía que ser un viaje redondo, de ida y vuelta.

Puede asegurarse que hay intuiciones de metageometría en estas posibles inexactitudes. Una de las rutas mandarinas más importante era computada en 193 "li" de Norte a Sur, y en sólo 190 de Sur a Norte, porque en un sentido se andaba cuesta arriba, y cuesta abajo en el otro. De suerte que la dificultad y el esfuerzo alteran el concepto de la pura y simple dimensión.

Aquí no hay Euclides que valga. Aquí el continuo espacio tiempo, novedad de nuestra geometría einsteiniana, se siente y se respira en el aire. Aquí se da ya el caso que preveía el poeta Maeterlinck —incorregible aficionado a la ciencia— cuando aseguraba que la "cuarta dimensión" ronda ya la sensibilidad de los hombres, se insinúa en ella poco a poco, y un día acabará por parecer evidente.

¿Qué lejos estamos del modo de pensar que hasta hoy se ha considerado propio del Occidente! Góngora —en cuyo sistema poético hay una contextura matemática que está todavía por estudiar, una cierta facilidad para el logogrifo aritmético y para ese malabarismo algebraico que se llama "sustitución de incógnitas"— pone así la corona a Euclides:

Desde Sansueña a París,
dijo un medidor de tierras
que no había un paso más
que de París a Sansueña.

Quiere decir, conforme a la geometría de ayer y reduciendo el caso a su última instancia, que entre dos puntos determinados sólo se puede trazar una recta, y que la recta es el camino más corto entre dos puntos.

Pero he aquí que en la naturaleza las cosas se dan en especie más complicada; he aquí que hoy la física —o la filosofía natural— ha llegado a la conclusión de que la geometría euclidiana sólo es definible prácticamente hasta donde lo era la noción de la tierra plana de los antiguos: porque sirve y basta para las pequeñas cosas diarias, porque basta y sirve para andar por casa.

En la superficie plana —concepto abstracto— la recta es el camino más corto. Pero en la superficie de curvatura variable, —lo único que el fenómeno natural nos ofrece— hay que abandonar la recta, que ha perdido todas sus propiedades, y hay que optar por la "geodésica", que viene a heredarla y a ser el camino más corto.

Todo punto material en libertad camina siempre, en el universo, por el atajo de la geodésica, conforme al principio de economía, de Fermat, tan válido en física como en biología y psicología. Y todos los marinos saben que, entre Lisboa y Nueva York, la senda más bre-

ve, en virtud de la redondez terrestre, no es una recta, sino una curva; y ni siquiera la curva trazada hacia el Oeste directamente sobre un paralelo, sino una curva algo torcida hacia el Noroeste.

Después de todo, la geodésica no es más que el misterioso "intervalo" de Einstein —único dato rígido en éste su universo elástico—; y la recta sólo viene a ser un caso privilegiado de la geodésica, un caso protegido, un producto aséptico. *

México, D. F., Julio de 1939.

Los Cien Amigos — Mayo de 1954

(*) ¿No he oído decir que el mismo "intervalo" se ha rendido, último reducto de la geometría clásica?—1940.

LA EPIDEMIA DEL...

(Viene de la pág. final, la 112)

degeneran en abyectas regresiones de la humanidad. Y entonces, en vez de ascender ésta hacia una vida más noble, retrocede a las etapas ya superadas del hambre, la violencia y el crimen, hijos del miedo y del odio ancestrales.

Cuando en el alma humana sube la marea de la violencia, de la crueldad del odio, las doctrinas que la fomentan, los

ideales que la alientan, las religiones que las estimulan, se convierten en una aberración y en un crimen. Que sólo la piedad, y la dulzura, y el amor son verdaderos testimonios de que el hombre posee una buena doctrina, milita en un noble ideal ó cultiva una religión verdadera.

París, enero 1955.

Canto al Maestro Rural

Por JESUALDO, educador uruguayo

TE VI...

Nadie me diga que no estás siempre presente,
o que oculto vives, o que ignoras
un solo paralelo hacia la soledad.
Nadie. Te ví desde un rasgado mediodía del trópico
hasta el inmenso páramo polar
en donde la noche empieza abismo adentro:
enterrado en la nieve en el boscoso Canadá;
con anteojos de mirada azul, y cabello lino,
curtido el rostro joven en aquellas "little school"
del lejano Far West, te ví; y en toda la arrugada
geografía azteca eras el guía, el conductor:
transformador de tierras infecundas en cosecha abundante,
amo del saber, qué poco era, y era todo, ¡y cuánto era!
Paisano de los yaquis y los tarahuamaras,
zapoteco en el Istmo, otomí en el Mezquital te ví.
Y eras la luz, de noche; y en el día, bajo tu sol,
la detenida grey oscura recomenzaba a andar...
Y en la erizada espina dorsal de esa América Central,
esquilmada y presa, aherrojada en las tantas islas-penal,
eras el indio austero en Guatemala, Honduras,
Nicaragua y Salvador; eras la voz más fina
en Costa Rica; eras el negro libertado del dogal, en Cuba;
y a medio libertar en Panamá, en Haití, en el Caribe
entero, eras quien abría los brazos y abarcaba
de mar a mar...
Te ví llanero en Venezuela y en Colombia;
montuvano en Ecuador; inca meditabundo en Perú,
como aquel amigo Cahahuaringa Inga, de Huarachiri;
místico en el Warisata del altiplano; pudriéndote
en la cárcel, en el Paraguay; ejercicio ceñido
y universal, en Chile, desde las salitreras hasta
el collar de las islas austral; alta palabra, solidario,
en toda esa Argentina del interior; duro en la Patagonia,
brazo de ejecución y melodía de vientos sin cadenas;
y aquí mismo te ví, empalando tu idea, en el linde
de un sueño y una espera, clamante y trémulo, ahogado,
y con el rostro oscuro de llevar como dormida,
una antigua razón...